

Edgar Roy Ramírez

Apuntes en clave poética sobre Hiroshima y Nagasaki

*“fue tan rápido que ocurrió
en menos del tiempo
necesario a la boca
para ser un beso”
-S.I. Ubargoyen-*

*“¿Qué razón instrumental
desencadenó Hiroshima? ¿Por
qué no se piensa sobre ese
Holocausto??Nadie encontró el
diario de alguna niña japonesa, de
la edad de Ana Frank, que
conmoviera al mundo con su
visión del horror, de la
laceración de lo radioactivo??No
fue friamente planeado el crimen
de Hiroshima??Y, después de
verlo, no se lo repitió en
Nagasaki?
-J.P. Feinman-*

Resumen: Desde ciertos legados poéticos, se rasga aquí la violencia nuclear con que se azoló a las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Hay una advertencia contra algunos intentos que se han tejido para olvidar aquellos hechos. También se trasunta en el escrito la vena crítica del filósofo; que advierte sobre la necesidad de un compromiso humano contra crímenes de tal calaña.

Palabras claves: Hiroshima, Nagasaki, homo faber, bomba, barbarie.

Abstract:From certain poetic legacies, the nuclear violence that harmed the cities of Hiroshima and Nagasaki is torn. There is a warning here against some attempts that have been woven to forget those facts. The critical vein of the philosopher is also transcribed in the writing; which warns of the need for a human commitment against such crimes.

Keywords: Hiroshima, Nagasaki, homo faber, bomb, barbarism.

Una visión poética sobre algo tan espantoso es una manera de conservar el recuerdo, sin la complacencia de la lejanía, sin que triunfe la inercia de la costumbre.

Con la bomba atómica se cumple, o se da, que el homo faber excede en mucho y toma por sorpresa, por asalto, al homo sapiens. La bomba es de factura humana pero tomó vida propia a la vez que modeló conductas y formas de hacer

política. También cabe decir que con la bomba se muestra el homo demens que lleva consigo el homo sapiens.

II

¿Por qué la industria cinematográfica tan afanosa en presentar, hasta el exceso, historia tras historia, la Segunda Guerra Mundial ha pasado por alto, con escasísimas excepciones, a Hiroshima y Nagasaki? Al parecer, Hiroshima y Nagasaki recuerdan, sin atenuantes, el lado oscuro de los vencedores quienes, a su vez, se juzgan como países decentes. No hay reconciliación con semejantes actos de barbarie; tampoco hay actos de heroísmo. A Japón le pasa algo parecido: no se ha reconciliado con sus atrocidades de la Segunda Guerra Mundial. Aceptar los errores, los horrores, exige reconocer responsabilidad por lo ocurrido y aceptar que hubo víctimas innecesarias

III

“Esa fue la hora detenida en su reloj” (Alberto Arias). Efectivamente la bomba detuvo los relojes y cambió el reloj de la historia. A los 8,16 Hiroshima vivió dos soles al amanecer. La vida se detuvo cegada por tanta luz y por tanto calor. Alberto Arias, como si reuniera horrores, junta el nombre de las dos ciudades en uno solo: Hirosaki. Parece recorrer fotografías de los ocurrido y las traduce a palabras con una expresividad inusitada: “visité sus antitumbas en los / muros y en las sombras sin sol”. Testigos mudos de la capacidad

destruccion: los que quedaron estampados en las paredes, sombras adheridas a las paredes sin nada que las proyectase y sin nadie que las produjera. Están impresas cual si hubiera sido mimeografiadas: dos dimensiones retrato inconcluso: sin rostro y sin nombre, retrato de olvido.¹

IV

“Aquello sucedió rápidamente / tan de pronto ocurrió / que no hubo tiempo / de cerrar los ojos / de mirar / de tener miedo (Sául Ibarгойen). La destrucción fue vertiginosa, como del rayo. Todo fue sorpresa. Ninguna de las víctimas la esperaba. Los que murieron en los primeros instantes, como si el tiempo se modificara, fueron volatizados. Antes no hubo miedo, el miedo se genera después con los hibakushas. Otros no pudieron cerrar los ojos porque las cuencas quedaron vacías.

La destrucción, repentina y desbordante, fue provocada por una creación humana, una creación estadounidense con la participación de un equipo multinacional, y alcanzaba cimas inesperadas: “...fue aquello tan perfecto / que el árbol / no fue árbol / ni la rosa / ni el niño / fue niño / ni la piedra / fue piedra / ni el agua / fue agua / ni el silencio / silencio”. Los sobrevivientes se quedaron sin orientaciones básicas. Todo ello ocurrió por las dimensiones de la destrucción. En tales condiciones, y en el mejor de los casos, la vida se reduce al esfuerzo instintivo de sobrevivir, de ganarle, por el momento, la partida a la muerte.

Saúl Ibargoyen está muy bien enterado: militarmente funcionó a la perfección, no hubo fallos (“tan técnicamente exacto”) y que el ocultamiento de la información aspiró a ser total (“los informes fueron / por siempre / tan secretos”). Su poema también se llama “Cero” como el del gran Pedro Salinas.²

V

“Piensen en las criaturas / mudas telepáticas / piensen en las niñas / ciegas inexactas / piensen en las mujeres / rotas alteradas / piensen en las heridas / como rosas cálidas pero oh no se olviden / de la rosa de la rosa / de la rosa de Hiroshima / la rosa hereditaria / la rosa radiactiva estúpida e inválida / la rosa con cirrosis / la antirrosa atómica / sin color sin perfume / sin rosa sin nada” (Vinicius de Moraes). Pareciera decir, y cuánta razón lleva en ello, Vinicius de Moraes: no hay que olvidar las víctimas. A las víctimas no se las puede llevar la indiferencia, ni la distancia, ni el olvido. Las víctimas tienen que seguir en nuestra memoria del dolor, en nuestras memoria de atrocidades. Estas atrocidades hacen ver como ingenuamente optimista el entusiasmo bíblico de la imagen y la semejanza.

Claramente hay victimarios, de eso no hay duda. Empero, de Moraes quiere ponerle atención al instrumento que expresó la capacidad de generar víctimas instantáneas e innumerables y pide que no caiga en el olvido. La destrucción y el dolor causados por la “rosa de

Hiroshima” no pertenece al mundo de las apariencias ni del engaño. Aquí la realidad está en la superficie, no hay nada de ilusorio. No la quiere llamar bomba. Tal vez recuerda a la voz femenina de la Rosa de Tokyo, voz de la propaganda japonesa dirigida a los aliados.

La rosa de Hiroshima es la voz del poder que no quiere dejar dudas de su poderío, de la capacidad de generar nadas. Es la “antirrosa atómica / sin color sin perfume / sin rosa sin nada” que mientras se cultive en los jardines atómicos podrían volver a darse las niñas ciegas, las criaturas mudas, las mujeres rotas. No deja a su paso ningún perfume, sino un hedor radioactivo que sigue generando víctimas.³

VI

“Mi piel / es polvo... / mi ciudad / una memoria que / el hombre ha rendido / en un destello de luz... / se dispersó a mi cuerpo / en un rasgón del fuego” (Andrea Carlini). La destrucción es humana y es material. Hubo quienes quedaron hechos polvo, que luego el viento esparciría y el tiempo parece olvidar: polvo de recuerdo, ceniza. No es el polvo bíblico, es la muerte que llega sin anunciarse, desatenta. Es una muerte fabricada, es una muerte artificial que llega la víspera. Es una muerte sin contornos humanos: instantánea, insolente, imprevista. Convierte a la ciudad en ruinas y esparce átomos de humanidad por aquí y por allá. El silencio es primero y las víctimas

sobrevivientes acogen después el recuerdo, las preguntas y la impotencia.⁴

VII

“Estupendo horizonte nuclear / ¿Vamos al fin y sin pestañear?” (Jorge Guillén).⁵ Sin afeites, sin argumentos especiosos, plantea el horizonte que siempre se perfila mientras las armas nucleares sigan existiendo. Visto desde afuera y a la lejanía, tal vez se vea como mil soles. “Más brillante que mil soles”⁶, sin que nadie presencie el espectáculo. El fin se puede precipitar, está ahí cual espada de Damocles, a la espera de la insensatez o de algún accidente.

Jorge Guillén expresa su impotencia frente al aparato nuclear que nos llevaría a un suicidio involuntario o decidido por unos cuantos, en el mejor de los casos. Expresa su indignación por todas las víctimas y está bien que lo haga: “Pues conste ya mi indignación de víctima”.⁷

“Guerra atómica. Conquista “/ no hay ya ciudades ni gente. / queda, testigo de vista, / último superviviente, / un esforzado turista”⁸ Pareciera haber un tono de fina ironía de parte de Jorge Guillén: lleva al extremo el contraste y lo vuelve inverosímil. No hay quien conquiste, no quedan conquistadores ni nada por conquistar, o tal vez sea la conquista última de una ciencia y una tecnología que se desencaminaron respecto del simple bienestar de los seres humanos y del bienestar de otros seres vivos. Quizá quede ese último superviviente pero no tendría nada de turista, a

no ser que convierta el horror en objeto de contemplación y en esa soledad implacable mire los resultados de un producto del ingenio humano que barre las huellas más exquisitas y más ignominiosas de los seres humanos. En su contemplación, tal turista no procurará traer unos cuantos recuerdos.

“Algo hiriente, muy rápido / solo duró segundos: / un momento ¡Sísmico! / La memoria rehace / relámpago de angustia / con un pavor que aumenta, / pende aún la amenaza”⁹. Fue fugaz la primera etapa, la detonación. La eternidad se contrajo a instantes. Ante semejante capacidad destructora, el tiempo se detuvo, los relojes se pararon y quedaron congelados como recordatorios mudos.

La memoria reconstruye y se empavorece puesto que la amenaza se mantiene: la lección no se aprendió. Jorge Guillén teme que se acabe con la única vida que conocemos porque la inteligencia se quedó sin límites, superó las fronteras y dejó atrás las restricciones puesto que creyó que habiendo conocido casi todo, tenía que intentarlo todo: el imperativo epistemológico y el imperativo tecnológico se dan la mano y generan una gran nada. “Total inteligencia: / que un astro muerto rueda en el espacio”.¹⁰

VIII

Pedro Salinas deja, quizás, uno de los mejores testimonios poéticos sobre el uso de las “bombas” atómicas, en el último poema del

poemario *Todo más claro*, “Cero”. En casi cuatrocientos versos le da expresión al horror, a la indignación, al sufrimiento. Al instrumento aniquilador se le denomina “cero”. Esto no parece casual en ningún sentido: el cero introduce la nada en cuestión de segundos y esparce ruinas cuando estalla. Nunca antes se había tenido tanta capacidad destructiva, de semejante celeridad y de tal eficacia. Se había llevado a un extremo exquisito la potencia de nihilizar: el homo faber había logrado una de sus cimas.

Tanta fue la destrucción que Salinas la califica de naufragio total, como si el barco de civilización se hubiera ido a pique. Hiroshima y Nagasaki ponen en entredicho cualquier concepción sumamente esperanzadora y humanista de los seres humanos. La capacidad de generar atrocidades por parte de un país que se ve a sí mismo como civilizado y bueno, solo es comparable al mal que condensa el nombre de *Auschwitz*.

Pedro Salinas recorre poéticamente los escombros ¿y qué encuentra? “Hollandando voy los restos / de tantas perfecciones abolidas... / piso el mayor dolor, tiempo deshecho... / Piso añicos de tiempo. / Camino sobre anhelos hechos trizas”. Entre las ruinas no hay ningún encanto; hay, por el contrario, un retroceso de humanidad: se truncan proyectos, se truncan sueños: “¡Qué derroche de siglos, un momento!” Fue un tiempo en que reinó la nada.

Las diferencias, la diversidad, se tornan confusas, vuelven a la indistinción, al caos, cuando el “cero” cae sobre ellas y crea escombros de tiempo, escombros de dichas, escombros de amaneceres. El poeta evalúa, saca saldos, expresa dolores, mientras tanto en el Japón ocupado, los militares vencedores ocultan toda información posible respecto de los efectos del esparcidor de nadas: censuran los despachos periodísticos, incautan películas. En un maravillosamente exquisito afán de ocultamiento, Leslie Groves, el general quien dirigió Los Álamos durante la construcción de la bomba atómica, se deja decir que buena parte de las consecuencias de la radiación eran el resultado de la mala calidad de los servicios médicos japoneses.

Pedro Salinas se ocupa de lo cotidiano, de lo específico y por eso destaca la cantidad de cosas que quedan inconclusas en los umbrales del ser: “...los labios a posarse nunca llegan. / Tan al borde del beso, no se besan”. Los brazos no se funden en un abrazo; el pájaro no alza vuelo, los nidos quedan vacíos, también las madrigueras. Tanto proyecto que se volvió imposible, tanto anhelo que “del anhelo no pasa”. El poeta se inventa una poderosa manera de caracterizar el desastre, como una imagen que los espejos nunca reflejarán: “ruinas de futuro”. La bomba sigue haciendo daño, continúa causando estragos, permanece siendo un mensaje de la nada.

“Y a un mapa distante, ¿quién le tiene lástima?” A la distancia todo se desdibuja, se difumina, parece desvanecerse: no hay rostros, ni animales, ni recuerdos ni cosas queridas, ni seres amados, ni siquiera enemigos. La vida no muestra su trama, su complejidad, sus sorpresas. Desde la lejanía tan solo se tiene “...abstractos / colores sin habitantes, / embuste liso de atlas”. No hay alegría, no hay llanto, no hay esperanzas. Por ello, es más fácil destruir aquello que no se ve de cerca, ni se quiere. Es el efecto de distanciamiento poéticamente descrito por Salinas. También lo juzga, lo crítica, lo justiprecia: no basta con cumplir la orden de dejar caer el “cero”, de soltarlo sobre ese mapa distante y sin matices, porque lo que se provoca es una “invitación al llanto. Esto es un llanto, / ojos, sin fin, llorando / escombrera adelante, por las ruinas / de innumerables días”¹¹

IX

“Esto es un ser humano. / Mirad en lo que la bomba lo ha convertido / y cómo hombres y mujeres son reducidos / a una sola forma / ...Este horrible y calcinado caos que supura / es un ser humano / esto es el rostro de un hombre” (Tamiki Jara). Un ser humano a ambos lados de la línea: víctima y victimarios. A eso quedan reducidos, desaparecen las sutilezas. Solo se tiene al malefactor y al malerreceptor, se pierde cualquier matiz. Las víctimas, además, entran en la nada sin ningún heroísmo. Fueron seres humanos los

volatilizados, los nihilizados; fueron seres humanos los volatilizadores, los nihilizadores: no hay monstruos. No hay consuelo. El rostro es el de un ser humano, tan humano como el nuestro. Por eso nos causa dolor y nos inquieta.

Fuentes

- (1) “Hirosaki (ensueño antinuclear)” Arias, Alberto. <<http://signosdeltop.com.ar/hirosaki.htm>> (12-X-2007).
- (2) “Cero”. Ubargoyen, Sául. <<http://www.palabravirtual.com/index.php>> (8-X-2007).
- (3) “La rosa de Hiroshima” De Morales, Vinicius. <<http://www.palabravirtual.com/index.php>> (12-X-2007).
- (4) “Hiroshima” Carlini, Andrea. <http://digilander.libero.it/interactivearchive/poesia_hiroshima.html> (12-X-2007).
- (5) Guillén, Jorge “Maneras de respirar” *Aire Nuestro* (2) Barcelona: TusQuests Editores, 2008: 1274.
- (6) Jungk, Robert. *Más brillante que mil soles*. Barcelona: Editorial Argos, 1976.
- (7) Guillén, Jorge. *Ibid*: 1291.
- (8) *Ibid*: 514.
- (9) *Ibid*: 701.
- (10) *Ibid*: 785.

(11) **Todas** las citas están tomadas de Salinas, Pedro “Cero” *Poesías Completas*. Barcelona: Barral Editores, 1975: 767-782.

(12) “Esto es un ser humano” Tamiki Jara.
<[http://isla_negra.zoomblog.com/
archivo/2006/03/18/tamiki-jara-japon](http://isla_negra.zoomblog.com/archivo/2006/03/18/tamiki-jara-japon)>
(14-X-2007).